



Título: Aire tan dulce
 Autora: Elvira Orphée
 Editorial: Bajo la luna
 Año de publicación: 2009
 Lugar de edición: Buenos Aires
 Número de páginas: 288

AIRE TAN DULCE: MUERTE O DULCE DE UVAS, LO MISMO DA
Victoria Herrera Arvay

La primera vez que tuve un libro de Elvira Orphée¹ en mis manos fue después de la insistencia de Leopoldo Brizuela, quien me decía “tenés que leer a Orphée.” Él mismo se encargó de que llegara a mis manos la reedición de *Aire tan dulce* con el sello Bajo La Luna (2009). Ese libro vendría además con una sorpresa, una dedicatoria de la mismísima Orphée que versaba: *con agradecimiento por haber comprendido un lenguaje que otros creen, todavía, que debe ser decimonónico*. Sólo después de una lectura profunda de esa novela pude comprender las palabras de Orphée. Había en esa historia sin intensidad anecdótica sino poética, una confusión de palabras viejas y nuevas. El lenguaje de *Aire tan dulce* es una clara representación de lo que ella ha llamado *poesía* en diferentes entrevistas. *Poesía* es para Orphée la posibilidad de fugarse de la tiranía del lenguaje. Es a su vez una forma de traducir los murmullos subterráneos del cuerpo.

Así como lo dulce y lo amargo tienen algo en común —aunque más no sea por la antítesis— el amor y el odio en las narraciones de Elvira Orphée se impactan y entremezclan en una comunión de afecto y *poesía*.

¹ Nacida en Tucumán, 1922. A los quince años se muda a Buenos Aires donde conoce a interesantes intelectuales; fue esposa de Miguel Ocampo con quien vivió varios años en Europa. En esa oportunidad trabajó en la editorial Gallimard y forjó amistad con los escritores Ítalo Calvino, Elsa Morante y Alberto Moravia.

Aire tan dulce especialmente juega con la naturaleza susceptible del alma adolescente, cuando es más propensa a ser atravesada por tales sentimientos. Orphée construye este relato de la forma menos convencional posible, entrecruzando dos voces juveniles con la voz de un alma vieja: Félix Gauna, de insistente rebeldía, Atalita Pons, una mujercita a quien le rebalsa el alma y la abuela Mimaya, gran observadora de los corazones. Los tres narradores irán hilvanando los sucesos y habladurías que acontecen en el escenario de un Tucumán endulzado por el aroma de los azahares. Pero esa dulzura no es en absoluto de un color local, sino mítico y poético. Es en ese escenario que parece pequeño y familiar en donde convergen las miserias más humanas y el resplandor de un alma de celofán, la de Atalita Pons, quien enciende la energía cinética de todos los personajes. Ella podría ser, por un lado, miembro del grupo imaginario de los personajes más genuinos de la literatura universal, pero a su vez, ella está aislada por su forma de sentir, tan contradictoria, tan distinta a la de todos.

Cualquiera que sienta el impulso de experimentar la *poesía* debe leer *Aire tan dulce*. Faltan palabras a la lengua para definir lo que aquí fue creado. Tal vez algunos nombres puedan acercársele para que futuros lectores sospechen de lo que trata: Sara Gallardo, Héctor Tizón, Libertad Demitrópulos; pero también Clarice Lispector, Dulce María Loynaz, Flannery O'Connor; y aunque sorprenda, Juan Rulfo y William Faulkner. Estos escritores tienen algo en común con Orphée y es la capacidad de construir un universo a través de la estructura emocional de un personaje.

Es que verdaderamente en cada capítulo de esta novela el lector se puede sumergir, con todo el poder submarino de esa palabra, en un universo mitológico que sólo pudo haber sido creado por una mente infantil en sus años de niñez cuando Orphée padecía de problemas de salud. La fuerza motora de la imaginación brotó con todos sus sentidos a flor de piel, con el perfume a azahares entrando por la ventana, con las historias antes de dormir y aquello que sólo sus ojos observaban y que años después pocos habrían podido entender.

Aire tan dulce es una pieza de la literatura contemporánea, pero su valor es verdaderamente extemporáneo. En su generación y generaciones posteriores, sólo algunos han podido comprender lo que el retorcimiento del lenguaje, que como pinceladas de un Van Gogh inentendido, ha podido plasmar en sus libros. Lo cierto es que el lenguaje de Orphée no es un lenguaje llano, lo que es lo mismo decir que ella no ha escrito para mentes perezosas. Sin embargo, no busca en este libro contar una gran historia moderna o filtrar un teorema filosófico, sino invitar al lector a la maravillosa experiencia estética de la *poesía*.

Principalmente se puede apreciar esta propuesta en aquellos capítulos intercalados que se titulan "tiempo extraño". Dijo alguna vez Leopoldo Brizuela que en su primera versión Orphée no había titulado esos pasajes, más bien eran pasajes sin nombre donde se

relataba extrañamente las sensaciones y pensamientos de Atalita, de una lucidez poética pocas veces leída en la literatura argentina; pero la presión de facilitar la lectura la obligó a modificarlo y titular esos pasajes. No obstante, “tiempo extraño” es una sentencia efectiva que preanuncia al lector lo que está a punto de experimentar.

Con sinceridad no creo haber leído nunca como en *Aire tan dulce* tal impertinencia para juntar dos ideas dispares y que por resultado, quién sabe cómo, se obtenga una idea hermosamente literaria. Aquí, en la oscuridad de todas las sombras, se esconde una luz con vestigios diamantinos. Así es la querida muerte en la voz de Atalita Pons:

Te he pensado tanto, querida. Te he pensado tanto que no entiendo por qué no me has oído. ¿Me tenés miedo? ¡Quién soy yo para que me tengas miedo! Una pobre criatura que te ruega que vengas una tarde después de que haya llovido. Vendrás, embebida de olores: la tierra mojada y un poco de relámpago. Te veré muy clara. Tendré el negro de los ojos prolongado por el negro de las ojeras y veré más que nunca, sin querer apoderarme ya de nada con los ojos. Te miraré con tanto desapego, querida, que no tendrás dudas de que te estaba esperando, de que en ese momento te mezclo con un dulce de uvas que me encantó, con las fresas que me mandan su olor hasta mi cama, con el arroyo del barranco de los loros, con mis bolitas de colores que fueron princesas, con el patio del toldo, con la tormenta, con todo lo que me ha pasado. No dudarás de que en ese momento te mezclo conmigo.

¿Por qué insistir con un libro que ha sido escrito hace cincuenta y tres años? Sin duda por su valor extemporáneo. No importa cuándo, la lectura de *Aire tan dulce* es un viaje interior cuyo boleto puede sacarse en cualquier momento, siempre y cuando el pasajero esté dispuesto a experimentar las vicisitudes de una prosa poética laberíntica. Pero también me parece justo que lectores de este siglo se acerquen al experimento que significó este libro. Dada la interpretación de las acciones humanas que tan bien ha plasmado Orphée, es posible que cambien las reacciones de aquellos puntos que nos toquen como humanos, pero no así las pequeñeces furtivas de cada corazón. Aquello que tiene que ver con el alma será invariable, y es lo que en definitiva nos une como espectadores del arte.

Victoria Herrera Arvay es licenciada en letras por la Universidad Nacional de La Rioja. Actualmente es doctorando del programa Spanish Language and Literature en University of Maryland. vharvay@umd.edu